

Un ejemplo, dicen los autores del Diccionario Apologético, bastará para comprobar esta verdad.

San Mateo, San Pedro y San Juan, se hallan con su Maestro en un lugar desierto á donde les ha seguido una gran muchedumbre. Jesús pone en manos de sus tres discípulos cinco panes y dos peces pequeños: con esta miserable provisión recorren grupos, compuestos cada uno de cincuenta personas; y advierten que los peces y los panes se multiplican en sus manos.

Cinco mil hombres comen á discreción de estos alimentos y, cuando todos están satisfechos, los Apóstoles recogen en doce canastos restos de este festín prodigioso.

Ahora bien, puede preguntarse, si el más sutil de los filósofos, si el más exigente de los académicos, hubiese estado presente á este espectáculo habría visto y hecho constar cosa distinta de lo que vieron estos tres hombres del pueblo, quienes nos han dejado la triple narración del milagro?

Algún adepto de la ciencia moderna podría tal vez emitir la hipótesis de que Jesús había hipnotizado á sus Apóstoles y que éstos, obrando bajo el imperio de la sugestión se imaginaron estar

repartiendo panes y peces á una muchedumbre también imaginaria.

Pero si esto hubiera sido así, los Apóstoles, saliendo del estado de hipnotismo, no habrían recordado lo que habían hecho bajo la influencia de la alucinación.

Si así hubiera sido, ¿cómo explicar que al día siguiente trajese Jesús á la memoria de los habitantes de Cafarnaun el prodigio que acababa de realizar en su favor?

Haga lo que quiera la ciencia incrédula, nunca llegará á demostrar que, para este milagro y para otros igualmente fáciles de hacer constar, sea menos valioso el testimonio de los Apóstoles, que el de la crítica más circunspecta.

En cuanto á las causas de estos acontecimientos, los Apóstoles de ordinario no las explican; se contentan con decir que Jesús apelaba á sus obras para confirmar su misión divina.

SINCERIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el curso de este estudio sobre los Evangelios, breve, como lo exige nuestra modesta publicación, hemos dejado establecido que los Evan-

gelistas eran hombres competentes para escribir las narraciones que en sus libros se contienen, porque tenían conocimiento de los hechos que en ellos se consignan, y porque habían visto, oído y tocado, por decirlo así, todos los acontecimientos que forman la vida prodigiosa del Maestro divino.

¿Pero los Evangelistas han dicho lo que vieron, oyeron y tocaron?

¿Su sinceridad, al referir esos hechos, es indiscutible?

“La historia, dice el Padre Monsabré, que hace revivir á los muertos ilustres, nos ha conservado, con el recuerdo de los trabajos de los Apóstoles, la memoria de sus admirables virtudes.”

“No solamente fueron de costumbres graves y austeras, como conviene á testigos cuya afirmación debe pesar sobre nuestros juicios y nuestras decisiones, sino que se elevaron por la sublimidad y heroísmo de su vida, sobre esa integridad común, de la que nacen de ordinario la franqueza y la sinceridad.”

Humildes en la gloria, modestos en sus éxitos, dulces y justos como un padre al dar sus órdenes, desprendidos de los bienes porque suspira el

hombre y de los honores que ambiciona, castos en medio de la corrupción, constantes en la prueba, inquebrantables en las contradicciones, temerosos de los juicios de Dios y siempre embriagados en su amor, llenos de compasión para las miserias humanas y de caridad tierna para las almas atormentadas, y empujados por el celo, de una ciudad á otra ciudad, de un continente á otro continente, de un río á otro río, en medio de peligros de todo género, y muriendo sin ostentación y sin pena por el Evangelio que han anunciado; tales son los testigos, cuyos escritos nos ha conservado la tradición tan piadosamente.”

Es imposible, atendidas las invariables leyes que rigen el orden moral, es imposible que tantos méritos queden manchados por una feroz hipocresía.

Es imposible que una perfección tan alta, encubriese la más sacrílega y la más tenaz impostura.

Es imposible que hombres dotados de ese candor que asombra, de esa franqueza que cautiva, de esas virtudes admirables que hacen doblar la frente ante su esplendor tranquilo y glorioso, hubieran consignado en el Evangelio, hechos en que

no creían y que se hubiesen propuesto engañar á los hombres y á los pueblos.

La sinceridad de un testimonio, según las leyes del criterio humano, deriva de la moralidad del testigo que lo produce.

Si esa moralidad ha subido más alto, si en el testigo resplandece la santidad que todos admiran y todos adoran, la sinceridad de sus palabras tiene que ser indiscutible.

Si estos hombres admirables nos han engañado, ninguno aquí en la tierra tiene el derecho de afirmar nada.

“La mentira, dice el Padre Monsabré, no habita bajo la tienda en que se han reunido, en dulce consorcio, las virtudes sublimes y heróicas.”

Ver á los Evangelistas en el espejo fiel de la historia, es tener ya una prenda segura de la sinceridad de su testimonio.

Pero aun suponiendo que la historia enmudeciera y no nos hubiere conservado los rasgos de las grandes y nobles figuras que rápidamente acabamos de describir, no por eso nos encontraríamos en la imposibilidad de aquilatar con precisión el testimonio de los Evangelistas.

Las narraciones apostólicas nos quedan y este

hecho es el cumplimiento del antiguo oráculo que decía: “Su ruido se ha esparcido por toda la tierra, su palabra ha ido hasta los confines del mundo.”

La voz de los Evangelistas resuena hoy con tanta fuerza, como en los primeros días del cristianismo naciente.

Todavía hoy escuchamos esa voz poderosa y aunque no hayamos visto á los Evangelistas, escuchando su palabra, podremos apreciarla con exactitud completa.

Hay circunstancias en que el oído suple maravillosamente á la vista; el timbre, continúa diciendo el Padre Monsabré y las modificaciones de una voz están para nosotros llenas de revelaciones; la forma, el objeto, las menores circunstancias de una narración, nada escapa á nuestra atención profunda. Hay hombres, por otra parte, á quienes basta escuchar para creerlos: su alma franca se revela por la exactitud de sus frases, su palabra está como saturada de honradez.

“Podemos, sin peligro, sigue diciendo el sabio Domínico, rechazar las apreciaciones de la historia, cubrir sin peligro con una sombra las figuras luminosas, las fisonomías de los Evangelistas y

aplicar solamente nuestro oído á las narraciones que de sus labios salieran.”

¿Cómo las cuentan? ¿Qué dicen? ¿En qué circunstancias hablan?

La respuesta á estas preguntas nos dará la prueba incontestable de la sinceridad de los autores del Evangelio.

Tres notas se advierten al leer cualquiera página del Evangelio: sencillez desinterés y confianza.

Ser sencillo no es lo común en aquellos que escriben.

El hombre busca siempre, al escribir, comunicar su pensamiento por medio de imágenes, de razonamientos, de movimientos apasionados.

Lo extraordinario y lo maravilloso parece que exigen, de parte del que escribe, más aparato en la forma, más vigor en el razonamiento, más elocuencia en las frases: parece como que necesita de este elemento para penetrar en el misterioso santuario donde se forman las convicciones.

Aun en la simple historia de los acontecimientos de que se compone por lo común la trama de la vida humana, ahoga con dificultad el narrador la necesidad que siente de hacer pasar á otros sus juicios y sus convicciones.

La admiración, la alabanza, la compasión, el reproche, la censura, el odio, el goce de la venganza, se muestran más á menudo de lo que fuera necesario, aunque no sea más que en un pequeño epíteto que parece reclamado por la necesidad de la frase, pero que, reflexionando bien, es tanto más fuerte, cuanto que el escritor ha reconcentrado en él toda su pasión.

Por otra parte, toda historia, por regla general, tiende á hacer que prevalezca un interés cualquiera, un interés de nacionalidad ó de partido, y si el historiador se ha mezclado en los acontecimientos que relata, es raro, por no decir imposible, que no nos abrume con el peso de su insoponible personalidad.

Y esto pasa casi siempre, porque muchas veces cuando se escribe falta la confianza, ya porque el escritor no se siente suficientemente apoyado en la certidumbre de los hechos que emprende referir, ya porque tema las tempestades de una discusión que aminoraría la autoridad de su testimonio.

En el Evangelio nada de esto se encuentra.

“Los escritores sagrados, dice el Padre Monsabré, parece que están implacablemente condena-

dos á la sequedad y á la desnudez, á fin de dejar que los hechos solos hablen.

No hay en el Evangelio ni un orden preciso, ni preludios, ni transiciones, ni sobrios ni justos adornos en las narraciones, ni conclusiones lógicas de los hechos, ni manifestaciones legítimas de los sentimientos.

Todo este esmero de los escritores, que no son los Evangelistas, está despreciado en el Evangelio.

Parece que sus autores trataron de entregar al pueblo memorias sin designio, recuerdos sin importancia para el porvenir de la humanidad. Apenas se contentan con nombrar los países, las ciudades, los lugares célebres, que otros escritores habrían descrito con exuberancia de detalles, para hacer resaltar mejor las acciones que se proponen describir.

En cuatro líneas cuentan los milagros, que cualquiera otro escritor habría consignado con diligencia exquisita y que le servirían á cada instante para deducir de ellos conclusión victoriosa en favor de las manifestaciones divinas.

En el Evangelio esas breves líneas que consig- nan las maravillas más estupendas, son para los

Evangelistas como premisas inertes, de las que les parecía inútil deducir una consecuencia.

Las personas de que se habla en el Evangelio y que allí se ve que hablan, que conspiran, que triunfan, que sucumben, que son débiles, que son traidores, que son verdugos, que son víctimas, salen de las manos de los Evangelistas sin ninguna nota que los lastime ó que los alabe.

De las manos de otros escritores, por imparciales que se supongan, no saldrían sin llevar á la posteridad la nota imperecedera de su infamia ó de su gloria.

No hay censura en los Evangelios contra los enemigos de Jesucristo, no hay una palabra que los injurie, ni siquiera que los lastime.

No hay tampoco un grito de admiración en presencia del Hombre-Dios, ni un aplauso para sus discursos, ni una alabanza para sus virtudes, ni un suspiro para sus dolores, ni un gemido al pie de su patíbulo, ni una lágrima con ocasión de su muerte.

Y han escrito su vida sus discípulos y sus amigos.

“Si los Apóstoles, sigue diciendo, con su elocuente frase, el P. Monsabré, no hubiesen llenado

el universo con los rugidos de su amor apasionado, si no hubiesen atravesado torrentes de tribulación por el Maestro de quien contaran tan tranquila ó tan indiferentemente la vida, los trabajos, las angustias, el suplicio, la agonía y la muerte, se vería uno tentado á creer que no eran hombres siquiera, porque se mostraron sin entrañas.”

Pero no era eso: los Apóstoles secamente relataban los hechos, no por falta de ternura y de sentimientos, sino porque ponían en práctica aquella enseñanza del Verbo Divino, condensada en esta frase brevísima: «Que vuestra palabra sea: *esto es, esto no es*» «*Sit sermo vester: est, est, non, non*»

Esta sencillez, que es una nota que revela la veracidad con que se producen los Evangelistas, es al mismo tiempo una nota misteriosa y sublime, porque, para quien sabe comprenderlo, esa indigencia de adornos y de elegancia sobrepasa y borra todas las magnificencias de que se vale el genio para revestir la historia.

Klopstock, el cantor de la Mesíada, agrupó al derredor de la historia de la resurrección de Cristo incomparables bellezas.

Cristo ha muerto y baja á la tumba; Gabriel,

entonces, mensajero de los misterios sublimes, se lanza en el espacio y con voz terrible, como la voz de la tempestad, llama á los ángeles y á los patriarcas.

El ángel de la muerte, tembloroso y espantado por el último golpe que acaba de asestar su mano implacable, se queja de su misión dolorosa.

Una nube llena de relámpagos y de gloria descendiendo al través del infinito, todo se conmueve cuando ella se acerca y sólo queda inmóvil el sepulcro del Mesías.

Gabriel la mira con entusiasmo, porque él es quien debe hacer rodar la piedra que cubre el sepulcro. Los resucitados se presentarán con el rostro en la tierra ante la divinidad del Redentor, cuya venida les anuncian los gemidos de las montañas y el ruido sordo de los bosques.

Eva, la madre de los vivientes, se aproxima á la tumba con su viejo compañero: el rumor de la resurrección ha herido su oído y expresa, al escucharle, su felicidad y su gozo.

Todo está preparado: Gabriel se lanza á las nubes, y desde las riberas lejanas del Eufrates hasta el fondo del sepulcro, tiembla la tierra.

Satán cae anonadado, los soldados romanos se

precipitan, cayendo, hundidas sus frentes, en el polvo.

A la voz de Gabriel, la roca que cerraba el sepulcro, se agita y rueda: el Mesías resucita.

Así habla el poeta.

Los apologistas cristianos se apoderan á su vez del milagro de la resurrección, y examinan y ponen de resalto todas las circunstancias de un hecho tan portentoso: el sello de la Sinagoga, la inmensa piedra que cierra la tumba, los guardias que cercan el sepulcro, el odio de los judíos que persiguen á su víctima hasta la muerte, el terror y la desesperación de los amigos de Jesús, la hora del prodigio, el número de testigos, su conformidad y la constancia de sus afirmaciones, los peligros de la impostura la suspensión del proceso.

Los apologistas, con implacable audacia, acumulan todas las imposibilidades indirectas, persiguen todas las dudas, agrupan todas las consecuencias y no descansan más que en la certidumbre del prodigio, del cual brota, más brillante que de ninguna otra parte, la divinidad de Cristo.

Así procede la ciencia.

La Iglesia al celebrar la resurrección de Cristo

pulsa todas las cuerdas de las grandes y nobles pasiones que se agitan en el corazón humano.

Es una embriaguez, permítase la palabra, la que arregla en esta fiesta de la pascua, todos los movimientos del año litúrgico.

Sus cantos de alegría, sus himnos de triunfo, sus perdurables *alleluyas* conmueven las almas y las hacen que gusten las dulzuras del cielo.

Así habla el corazón.

En ese pequeño libro, tan desnudo, tan seco, tan despojado de los artificios de la imaginación, de la razón y de las pasiones, el sorprendente milagro de la Resurrección de Cristo está relatado en estas sencillas frases.

“Los judíos aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardas.

Avanzada ya la noche del sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María Magdalena con la otra María á buscar el sepulcro.

A ese tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del cielo un ángel del Señor y llegándose al sepulcro removi6 la piedra y sent6se encima. Su semblante brillaba como el relámpago y era su vestidura como la nieve, de lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos.

Mas el ángel, dirigiéndose á las mujeres, les dijo: vosotras no tenéis que temer; venís en busca de Jesús que fué crucificado.

Ya no está aquí, venid y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor."

Leyendo al poeta, nuestra imaginación exaltada por la riqueza de sus cuadros se deja arrastrar á magníficos sueños y no puede menos que exclamar: ¡¡qué belleza!!

Leyendo á los Apologistas, la razón bajo el imperio de la poderosa fuerza de las demostraciones, se siente convencida y dice: ¡¡qué poder del razonamiento!

Saboreando, al recitarlo, el Oficio de la Iglesia en el día de Pascua, el corazón se siente enternecido y prorrumpe diciendo: ¡qué dulzura tan conmovedora!

Pero leyendo el Evangelio, caen las lágrimas de los ojos y es preciso decir ¡qué sencillez! qué sencillez tan adorable!

Pero la sencillez no es la única nota de los escritores evangélicos, bastante por sí sola para garantizar la veracidad con que se han producido sus autores: hay otra: ellos al escribir el Evangelio lo han hecho con el desinterés más completo.

Los Evangelistas olvidan que el espíritu público soporta con disgusto la confesión sincera y candorosa de la debilidad, de las faltas y de los crímenes; olvidan que cuando se trata de conquistar simpatías para una institución nueva, debe disfrazarse hábilmente el lado austero de esa obra; olvidan que un autor puede debilitar la autoridad de su testimonio, si no sabe callar las debilidades de su corazón y de su espíritu; olvidan, en fin, que, según los hábitos humanos, toda historia tiende á defender un interés cualquiera, el de una nación, el de una secta, el de una persona.

"Los Evangelistas, con su pluma desinteresada, describen, dice el P. Monsabré, con una exactitud, ó más bien, con una brutalidad que aflige, el crimen largo tiempo meditado de su nación, los sordos y desleales manejos de los fariseos, la violación de las leyes divinas y humanas por parte de los sacerdotes y de los guardianes del santuario. La demencia del pueblo convertido en un instante, de la admiración al furor; el goce infame y sacrílego de los enemigos del Justo, en presencia de sus dolores; mil iniquidades en una sola, que gracias á las narraciones que ellos hacen, pasarán á los siglos futuros y atraerán sobre la cabeza

de sus compatriotas, las maldiciones del género humano.”

Los Evangelistas, con su desinterés sublime, pudiéramos decir, refieren el despreciable nacimiento de su Maestro, su infancia oscura, su pobreza, sus miserias, su fácil comercio con los pecadores, la tristeza de su agonía, el espanto, el tedio, el disgusto que su alma siente al acercarse á la muerte, sus oprobios, sus sufrimientos, la ignominia de su muerte.

Todo esto lo refieren, al lado de milagros y de sublimes discursos.

Sus libros consignan el extraño misterio de la cruz, que somete á indecibles torturas las más dulces pasiones que el hombre nutre en su corazón.

Hacerse morir cada día y cada hora en su orgullo, en sus deseos, en sus amores, es la conclusión práctica de esa historia que el Evangelio consigna.

Y los que escribieron esa historia eran pobres, nacidos en la clase baja, groseros, ambiciosos, tímidos, débiles, traidores, perjuros.

Al constante amor de su Maestro, responden con la ingratitud y el abandono.

No obstante las predicciones que se les habían hecho, acogen con duda el misterio de la Resurrección.

“¡Singulares escritores, dice el P. Monsabré. ¿Son amigos ó enemigos del hombre admirable cuya vida refieren? Si estudiamos su vida, podemos responder fácilmente: si nos contentamos con leer sus escritos, aquella pregunta es un problema.”

Los Evangelistas escribieron con sencillez, escribieron con el desinterés más completo; pero escribieron también con robusta convicción y serena confianza.

De otra manera no se explica ni aquel desinterés ni aquella simplicidad.

Si sacrifican las precauciones legítimas á que se creen obligados los escritores; si despojan los acontecimientos más extraños y las maravillas más sorprendentes, de toda explicación y de todo motivo, es porque se sienten apoyados en la inquebrantable certidumbre de los hechos que refieren; que miran como imposible toda discusión sobre su testimonio; que la evidencia cubre con su manto la desnudez de su historia, y da á su

afimación un interés supremo cerca del cual cualquiera otro interés languidece y se borra.

El tono de sus narraciones nos revela la actitud de sus almas.

Reunidas las tres indicadas condiciones, tenemos la más alta garantía de sinceridad que es posible exigir á un testigo.

“Los discípulos de Cristo han hablado, dice el P. Monsabré, y esto es evidente. No tengo necesidad de verlos, ni aun á la luz de la historia; mi alma conmovida se abre sin resistencia bajo los golpes de la palabra adorable que se escapa de su boca santificada; mi razón satisfecha responde por un acto de fe á la sinceridad de que están impregnadas las líneas del Evangelio.

VERACIDAD DE LOS EVANGELISTAS.

Los Evangelistas no solamente son sencillos, desinteresados y llenos de confianza, lo que garantiza sin duda su veracidad; son también impotentes; es decir, no han podido copiar, ni inventar al personaje cuya vida describen en el Evangelio.

Su impotencia es, entonces, una prueba evidente sin duda, de su veracidad.

“Todos los detalles del Evangelio, dice el P. Monsabré, discursos, preceptos, acciones, virtudes, milagros, profecías, se agrupan al rededor de la persona, se concentran en la vida de un hombre unico, quien, por el encanto continuo de su presencia, remplace el encanto del orden y del método que los escritores sagrados parece que desdeñaron.

Es tan extraordinario, tan nuevo, tan contrario al tipo que el espíritu judáico debía naturalmente concebir, que es preciso haberlo visto para hablar de él, como han hablado los Evangelistas.

Si era imposible á los Apóstoles inventar á Jesucristo, claro está que al hablar de él, lo hacen como simples narradores y la medida de su impotencia nos da la medida de su buena fe.

El Jesucristo del Evangelio es un hombre imposible, si se permite la palabra: no hay un hombre como él, ni en el medio contemporáneo, ni en la antigüedad pagana, ni en la antigüedad judía.

En ese hombre prodigioso, tal como lo descri-